



HORTENSIA Y LA PRIMAVERA

SANTIAGO LOREN

(Tanto Mejor y Tanto Peor salen cada uno de su despacho llamando a Hortensia.)

T. P.—¡Enfermera, enfermera!

T. M.—¡Hortensia!

T. P.—¿Pero dónde se ha metido esta mujer?

T. M.—Quizá esté charlando en

no tomándonos más que los disgustos indispensables, podemos, acaso, darles a nuestros parientes y amigos el disgusto que les producirá que e vivamos más de cien años. Los sobrinós, esperando a ver qué pasa, y nosotros, ¡hala!, a vivir.

la sala de espera. *(Se asoma.)* ¡Demonios, esto es peor! ¡No hay enfermera ni enfermos!

T. P.—¡Vamos, hombre, no bromeé! ¡Si estaba la sala llena! *(Se asoma a su vez y luego mira a T. M., estupefacto.)* ¡Ni uno! *(Los dos doctores, mudos de asombro, se contemplan sin saber qué hacer.)*

T. M.—*(Con la voz ronca, por el estupor.)* ¡No! Los dos locos no hemos podido volvernos. Tampoco es posible que seamos los protagonistas de una novela de Kafka. ¡Serenidad, serenidad! ¡Procedamos con orden! Esta es nuestra casa, ahí está el balcón, como siempre; a través del balcón tenemos que ver la plaza y la gente... *(Se acerca al balcón, mira a través de los vidrios y da un grito.)* ¡Ahí, ahí está!

T. P.—*(Abalanzándose al balcón.)* ¡Maldita mujer! ¡Sentada en un banco y con todos los enfermos alrededor, como una clueca con sus pollitos! ¡Esto sí que no se lo aguanto! *(Salen los dos al balcón, vociferando.)*

T. P.—¡Enfermera, enfermera!

T. M.—¡Hortensia, Hortensia! *(Parece ser que les ha oído, porque vuelven en silencio a la habitación y en silencio ominoso que anuncia tempestad esperan a pie firme la llegada de Hortensia.)*

Hortensia.—*(Entrando sonriente.)* ¿Llamaban?

T. P.—Esta desfachatez ya pasa de la raya.

T. M.—Que desaparezca usted está muy mal; pero, ¡que se lleve a los enfermos...!

Hortensia.—No, si no me los he llevado. Han subido conmigo y están ahí afuera. Es que hacía un día tan bueno... Primer día bueno



TERAPEUTICA DE TODOS LOS SINDROMES DE
INSUFICIENCIA GONADO - HIPOFISARIA

GONADOGEN

NOMBRE REGISTRADO

Gonadotropina sérica de yeguas grávidas
purificada y controlada por rigurosos métodos
biológicos.



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID

de esta Primavera. El sol, los árboles todos verdes... Por otra parte, el doctor Tanto Peor estaba con su microscopio y usted tenía para rato con esas radiografías; los pobrecitos enfermos, arrugaditos en sus sillas y de espaldas al sol y a la Primavera. Total: que los he sacado de paseo, como hacen las maestras con los niños de las escuelas el primer día primaveral del año.

T. P.—¿Pero usted cree que esto es serio?

Hortensia.—¿Y por qué hemos de hacer sólo lo que parezca serio? ¿Por qué no hemos de obedecer más al impulso de las cosas que resultan agradables?

T. M.—Agradable para usted; ¿pero a los enfermos les ha gustado esta rara manera de esperar al médico?

Hortensia.—¿Que si les ha gustado? Mire usted: el viejecito ese que tuvo hace dos meses un infarto de miocardio me decía: "Esta es la primera vez en dos meses que me siento animoso y feliz." ¿Y saben ustedes por qué? Porque los enfermos crónicos se ven obligados a pasarse las mejores horas de su existencia, las horas de sol y de alegría callejera, en las salas de espera y llegan a olvidarse de que la vida sigue, de que en la plaza hay niños jugando, gente con ilusiones y con esperanza, de que la salud no es algo raro, incomprensible para los que habitan el pequeño y doloroso mundo de las salas de espera. ¡Ah, si pudieran emplear como antesala de la consulta los parques públicos! ¡Qué grandes éxitos terapéuticos!

T. M.—¿Usted cree?

Hortensia. — ¡Naturalmente! Sería muy distinto llamar a un señor cualquiera de los que estuviera mezclado con la muchedumbre alegre que se mueve bajo el cielo y el sol y decirle: "Venga usted un momento; parece que está un poco pachucho y tengo interés en dejarle nuevecito y fresco como los demás." En cambio, hacen falta muchas inyecciones y mucha ciencia para convencer a un alicaído ser, sumergido en una sala llena de enfermos, de que hay alguna posibilidad de sacarlo del abismo.

T. M.—Pero, imagínese... ¿Qué diría el Ayuntamiento si le pidiéramos los parques para estas cosas?

Hortensia.—Desde luego resulta difícil. También cabría la solución de citar a los enfermos uno por uno y a horas raras: las dos de la madrugada, un poco antes de cenar o algo así. Podríamos decirles: "Viva usted su vida, ha-

ga sus cosas, distráigase y cuando le quede un ratito de tiempo venga a arreglarse esa cosilla del hígado. Todo menos hacer de la enfermedad centro de la existencia, ocupación principal de las horas del día, obsesión y angustia.

T. M.—¡Pero Hortensia! ¡Qué exaltación! Si parece usted un apóstol de nueva doctrina...

Hortensia.—Es la Primavera, doctor. Dispéñeme.

T. P.—¡La Primavera, cuernos! ¿Es que ya está usted convencido? ¿Es que va a quedar esto así? Abandona su trabajo y encima le da usted la razón.

T. M.—En realidad, no ha aban-

donado su trabajo. Se ha llevado los enfermos con ella.

T. P.—Pero... ¡Bueno! Se acabaron las tonterías. Comencemos a trabajar. ¿Dice usted que están todos los enfermos ahí afuera?

Hortensia.—Todos, todos, no. Ha habido dos que se han dado cuenta de que no estaban lo bastante enfermos como para privarse de una tarde de Primavera como ésta y se han marchado.

T. P. y T. M.—(A la vez.) ¡Eso sí que no lo podemos admitir!

Hortensia.—No les importe. Eran de la Mutua Previsora Agropecuaria. Sólo querían sacarle un poco de provecho a la póliza.